permanece distraída y apática ante la escasez que amaga al mundo, malgastando la energía en discutir sobre la intervención y la neutralidad, y sin pensar que aun hay un término medio—peor que la guerra exterior—en el que pudiera caer si no prevé y previene los acontecimientos: la guerra interna, los conflictos crónicos que en las calles suscitarán las futuras hambres cuando la muchedumbre experimente sus carestías y estragos y no haya tiempo para remediarlos. Porque está demostrado: todos los problemas, todos los transcendentales acontecimientos que surgen de la gran guerra marchan más rápidos que nuestras previsiones y mucho más que las previsiones de los hombres encargados de nuestro gobierno.

Y nada en estos tiempos debiera cogernos ni cogerlos de nuevas. Una estadística publicada por el Instituto de Agricultura de Roma establecía que la producción mundial de cereales fué el año 1916 inferior en un 30 por ciento a la de 1915, que a su vez no tuvo nada de espléndida. Por otra parte, la cosecha próxima representará gran merma relativamente a la anterior Francia—según *L'Eclair*—sólo produjo el año último la mitad de una cosecha normal, y no espera obtener en este verano más que la tercera parte. Los abundantes graneros planetarios están cerrados o monopolizados, y no podrá contarse con su exportación. Rusia está aislada para las relaciones comerciales; Rumania, en poder de los germanos; los Estados Unidos apenas dispondrán del trigo necesario para su peculiar sustento, y si algo les sobrara lo destinarían a sus aliados; una pertinaz langosta ha roído la cosecha argentina, y el gobierno bonaerense ha dictado ya dos órdenes prohibiendo la salida de cereales. ¿Está justificada la alarma que experimentan los pueblos menos imprevisores que el nuestro?

El ministro yanqui de agricultura y su colega francés explicaron hace diez o doce días la razón fundamental de la escasez. A las malas cosechas dependientes de causas atmosféricas había que agregar la paralización de los 30 millones de hombres movilizados que, sin producir nada, consumían intensamente. Añádase ahora el absentismo; la preferencia que en los campos mismos se otorga a otros trabajos no agrícolas; en fin, la carencia de abonos químicos. En el último boletín del susodicho Instituto romano de Agricultura se lee al hablar de los fosfatos que los 3.161.146 toneladas producidas en 1913 habían bajado a 1.865.123 en 1915. El descenso ha proseguido después. "Buena parte de la mano de obra empleada antes en las explotaciones de fosfatos se ha consagrado a otros trabajos más remuneradores". Esta situación se agravará notablemente con el ingreso de América en la guerra. El diario financiero más importante de los Estados Unidos, *The Chronicle*, escribe: "Para la organización del Ejército habrá que sustraer algunos millones de hombres a los trabajos productores, que ya carecen de mano de obra. Habrá que emplear otros millones para equiparlos, suministrarles uniformes, cañones, municiones. Si la Providencia nos regalase con una espléndida cosecha no encontraríamos personal suficiente para la recolección, pues vamos a emplearlo en otros menesteres que le ofrecerán mejores salarios que la agricultura. Pero la Providencia no envía sus bendiciones sobre un mundo que sólo se ocupa en destruir la vida humana y todo lo que es sagrado." Y resumiendo la situación general, el *Chronicle* repite por tres veces la siguiente fórmula, que luego justifica con severas razones y datos incontrovertibles: *el mundo está amenazado por el agótamiento económico* (que no es el financiero) *y por el hambre.*

Pero los pueblos no sólo viven de pan. También necesitan de otros artículos, que escasean. Han menester igualmente de carbón, que suelen recibir de Inglaterra, y de materias primas para su industria, que llegan en gran parte de América. Ahora bien, los aliados—y singularmente los Estados Unidos—se han propuesto fortificar el bloqueo de Alemania y distribuirse las subsistencias y materias primas de que dispongan. Sólo después de satisfacer sus necesidades podrán pensar en los neutrales; pero aun entonces exigirán garantías de ellos, a fin de que los suministros no pasen a los imperios bloqueados. Esta precaución concernía originariamente a los pueblos vecinos de Alemania: Holanda, Escandinavia y Suiza; pero desde hace dos semanas amenaza también a España. El artículo de "Le Matin" que ya ha comentado *El Imparcial* reviste mayor gravedad porque es repetición y paráfrasis de otro que el mismo diario insertó hace pocos días, y del cual sólo transmitió el telégrafo un incompleto extracto. Por un comentario de M. Judet sabemos que aquella primera y severa admonición de "Le Matin" era en realidad una nota oficiosa. "Ha llegado el momento—se lee en lo que M. Judet llama *comunicado oficial*—de hacer comprender a nuestros vecinos de España que las necesidades actuales constituirán la base de nuestra política económica. Si España necesita carbón inglés es legítimo que vaya a buscarlo, llevando en cambio productos de que carece el mercado

británico... La opinión reclama unánime que la generosidad y el sentimiento pasen a segundo término."

Como se ve, la posición excéntrica que ocupa España no la exime de los peligros a que están expuestos los pueblos próximos a la vorágine. Todo el secreto está en saber si el gobierno y el pueblo español imitarán a aquéllos apercibiéndose oportunamente para la defensa y administrando con celo y severidad los recursos nacionales."

En el hecho apuntado por Ciges Aparicio aparejado a la situación crónica de malestar económico que caracteriza a España, tanto por la inepcia de sus gobernantes, como por el espíritu rutinario de su clase capitalista, debemos de buscar la clave de los movimientos obreros producidos recientemente en aquel país. Todos esos movimientos, que el gobierno romanonista, por ejemplo, califica de intentonas revolucionarias encaminadas a derrocar el régimen, no son más que una acentuada tendencia de reivindicación económica, que dice mucho sobre el desarrollo de la conciencia de clase del proletariado español.

Inglaterra

LA AGITACION OBRERA

Ha atravesado Inglaterra recientemente una crisis de huelgas obreras que ofrece gran interés. El hecho de que las industrias afectadas fuesen precisamente las de municiones, ha prestado al movimiento cierto carácter dramático que se cuidaron de aprovechar los conservadores. El espectro de los soldados aliados sacrificados en el frente por falta de municiones mientras sus hermanos disputaban con sus patronos cruzándose de brazos, pasó como lastimoso fantasma por las columnas de la prensa patronal, enterneciendo corazones. Los obreros *alegaron que tenían en el frente más hijos y hermanos que quienes les echaban en cara su "traición" y que si a pesar de ello se declaraban en huelga era porque sabían que no faltaban municiones y que con la huelga defendían las libertades cívicas de sus hermanos de las trincheras como sus hermanos de las trincheras defendían con la guerra su libertad nacional.*

El hecho es que hubo huelgas. Los motivos inmediatos son de dos categorías: un conflicto local entre una casa industrial y sus obreros, que se envenenó por la tardanza en resolver el asunto en el ministerio de municiones y se extendió por simpatía a otros distritos; y por otra parte, un estado general de descontento entre los obreros de municiones, debido a ciertas anómalas consecuencias *de la administración de las exenciones militares.* Dejando a un lado la primera causa, cuyo carácter local le quita todo interés permanente, conviene ahondar en la segunda porque revela un curioso conflicto dentro del mundo obrero.

Existen en Inglaterra dos clases de Trades Unions: la Trade Union especial y la Trade Union general. La primera es un Sindicato obrero entre hombres del mismo oficio, tal la Unión de caldereros, la Unión de fundidores de acero, la de maquinistas. La segunda es un Sindicato obrero entre hombres que trabajan en la misma indusstria, tal la Unión de ferroviaros, la Unión de obreros mineros, la de obreros del gas. El primer tipo reposa sobre la comunidad de oficio, el segundo sobre la comunidad de función; en el primero, el lazo de unión es el medio; en el segundo, el fin de la industria en que trabajan los miembros. La Unión general comprende obreros de varios oficios, pero de una sola industria; la Unión especial comprende obreros de varias industrias, pero de un mismo oficio. Así, la Unión ferroviaria comprende caldereros, fundidores, maquinistas, empleados de oficina, mozos de cuerda. La Unión de maquinistas comprende maquinistas, empleados en ferrocarriles, en minas, en fábricas de gas, en fábricas eléctricas. Existe, pues, de hecho *cierta rivalidad* entre Uniones especiales y Uniones generales; esta rivalidad se agravó súbitamente *con motivo de la aplicación de las leyes del Reclutamiento.*

La *necesidad de alimentar las reservas militares inglesas* con nuevos cupos de hombres jóvenes llevó al ministerio de la guerra a solicitar del gabinete *la extensión del servicio militar a los obreros expertos hasta entonces exentos, como indispensables para la fabricación de pertrechos de guerra.* El gabinete decidió el alistamiento gradual de los obreros expertos mediante la aplicación a la industria del procedimiento llamado "dilución", o sea la repartición de un número decreciente de obreros expertos entre una masa creciente de obreros (y obreras) inexpertos, puestos bajo su dirección. Este procedimiento halló al principio *viva oposición entre la mano de obra experta del país, temerosa de dos peligros: que disminuyese, en beneficio de los patronos, el valor mercante del obrero experto, y que los patronos utilizasen la selección militar para deshacerse de los obreros indóciles.* El gabinete opuso a estos dos reparos los remedios siguientes: la "dilución" *quedaría restringida a las Casas intervenidas por el Estado,* hoy más de 4.000, y la selección de los obreros que habían de ir al servicio *sería hecha por la Unión corres-*